

Mario Vargas Llosa, un Nobel justo y esperado

Marisa Regueiro

El pasado mes de octubre, los quinientos millones de hablantes de español recibimos con alborozo la noticia de la concesión del Nobel de Literatura al escritor Mario Vargas Llosa, quien, con la modestia de los grandes de verdad, afirmó agradecido que el premio suponía un «reconocimiento a la maravillosa lengua española, la lengua en la que escribo». Pero no se trata sólo de un premio a nuestro idioma, sino a la obra de quien es ya un clásico de las letras hispanoamericanas, una distinción muy esperada por sus lectores y sobradamente merecida, que nos reconcilia con la Academia sueca.

Pasión por la literatura

La trayectoria vital de Mario Vargas Llosa, desde su nacimiento en Arequipa, el 28 de marzo de 1936, es la de quien ha hecho de su vocación literaria una pasión, cultivada con férrea disciplina de creador consciente y de lector infatigable. Su relato del momento en que recibió en Nueva York la noticia del Nobel, a las cinco de mañana, cuando se disponía a trabajar en la preparación de un curso sobre Borges –oportuna sincronía, ocasión para el recuerdo del argentino al que injustamente se lo negó Academia sueca– lo confirma. En más de una ocasión se ha definido como un *estajanovista* de la escritura; en realidad, un trabajador del talento y de la calidad literaria,

al que esa pasión le ha llevado a cultivar la narrativa, el ensayo, el periodismo y el teatro con inigualable originalidad, honradez intelectual y brillantez expresiva.

algunos episodios de la infancia de Vargas Llosa parecen propios de una obra novelesca, como la misteriosa reaparición del padre tras diez años de un fingido fallecimiento, los desplazamientos de la familia, con lo que significan de ruptura para el niño y el adolescente; o su temprano primer matrimonio y la incomprensión familiar

Como bien ha dicho Jean Franco, la importancia que concede «al arte de escribir es ejemplar en un mundo en el que la rapidez y la improvisación se han valorado a menudo como superiores al oficio». Convencido de la necesidad de la buena literatura y de su estrecha relación con la libertad «porque nada despierta tanto el espíritu crítico», cree que esta es

lo que motiva su persecución por las tiranías. La responsabilidad del escritor es en este sentido grave, de una trascendencia asumida siempre y en todas las ocasiones: «Depende de nosotros que la buena literatura siga existiendo, por el goce incomparable que produce, y por lo fundamental que es si queremos tener un futuro en libertad»¹. La libertad, su defensa, he aquí una de las constantes en el conjunto de su obra y la convicción de que la literatura *libera*, no sólo a los lectores, sino también al escritor. Como confiesa en *El pez en el agua*, donde asistimos a la memoria de su niñez y juventud, al nacimiento de su vocación literaria y también a su aventura política: «Se escribe para llenar vacíos, para tomarse desquites contra la realidad, contra las circunstancias». A su vocación no le faltaron condiciones adversas, comenzando por la incomprensión de su padre, o su experiencia adolescente en el colegio militar *Leoncio Prado*; pero su capacidad de observación y su alquimia literaria supieron transformarlas en inspiración fecunda.

Del poder radical, esencial, que la literatura ha ejercido y ejerce en su vida y en su obra, son buena muestra las líneas iniciales de *La orgía perpetua*. Flaubert y «Madame

¹ ABC, «Cultura» (8-10-2010), p. 59.

Bocary»: «Un puñado de personajes literarios han marcado mi vida de manera más durable que buena parte de los seres de carne y hueso que he conocido». En ese «círculo heterogéneo y cosmopolita, pandilla de fantasmas amigos» que son los personajes literarios «que se renueva según las épocas y el humor» viven «d'Artagnan, David Copperfield, Jean Valjean, el príncipe Pierre Bezukhon, Fabrizio del Dongo, los terroristas Cheng y The Professor, Lena Grove», y, sobre todos ellos, *Madame Bovary*². Siempre ha reconocido el magisterio de Flaubert, «el termómetro que me ha servido para medir a otros autores». La pasión estética, la entrega casi monacal a la tarea creativa y documental del maestro francés, ha sido fuente de inspiración vital y literaria, y como él, «descubrió la interacción de la teoría y la práctica de la literatura, es decir, que toda obra de creación contiene implícitamente, lo perciba o no su autor, una concepción general de la escritura y la estructura textuales y de las relaciones entre ficción y realidad»³.

Admiración y magisterio que pone de manifiesto una forma de hacer literatura que reconocemos en

² *La Orgía Perpetua. Flaubert y Madame Bovary*, Madrid, 1995, FCE-España y Universidad de Alcalá, p. 14.

³ *Ibid.*, p. 75.

todas y cada una de las obras del flamante Nobel: «Sin renunciar a su pesimismo y desesperación, convirtiéndolos más bien en materia y estímulo de su arte, y llevando el culto de lo estético a un límite de rigor casi sobrehumano, Flaubert escribió una novela capaz de congeniar la originalidad y la comunicación, la sociabilidad y la calidad. Porque en este formalista intransigente la forma no estuvo nunca divorciada de la vida: ella fue su mejor valedora»⁴.

La forja del escritor

Algunos episodios de la infancia de Vargas Llosa parecen propios de una obra novelesca, como la misteriosa reaparición del padre tras diez años de un fingido fallecimiento, los desplazamientos de la familia, con lo que significan de ruptura para el niño y el adolescente; o su temprano primer matrimonio y la incompreensión familiar. La inicial formación primaria en el Colegio *La Salle* de Cochabamba (Bolivia) y del Colegio Salesiano *Don Bosco* de Piura, la educación secundaria en el Colegio *La Salle* en Lima y luego en el Colegio *San Miguel* de Piura; y la traumática estancia en el internado militar de Callao, fueron forjando al lector

⁴ *Ibid.*, p. 259

apasionado de Alejandro Dumas, Víctor Hugo, y al precoz escritor.

Ya en 1952, con catorce años de edad, trabajó en el diario limeño *La Crónica*, y pronto en *La Industria* de Piura. En 1953 inició sus estudios de Letras y Derecho –la primera por vocación y la segunda por resignadas razones alimenticias–. Como ha explicado, su ingreso en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, fue una manifestación de rebeldía: «Mi familia hubiera preferido que estudiara en la Católica, donde iban los jóvenes de “buena familia”, donde se trenzaban relaciones provechosas para el futuro, y donde los estudiantes estudiaban, en vez de hacer huelgas y política»⁵. Fue un estudiante comprometido políticamente, en el grupo comunista *Cahuide* primero, y en el Partido Demócrata Cristiano después. Su distanciamiento del primero anticipaba un rasgo de su carácter que le honra: frente a cualquier atisbo de insistencia dogmática en el error, una sincera capacidad de rectificación del rumbo personal político, lo que no siempre ha sido comprendido en su verdadera y justa dimensión.

Por esos mismos años, colabora con el historiador Raúl Porras Barrenechea en la preparación

de una monumental historia de Perú que no llegó a publicarse, pero que pudo contribuir a la sistemática tarea de documentación que puede percibirse en su obra posterior; y publica sus primeros relatos, *El abuelo* (1956) y *El desafío* (1957). Con este último obtuvo el primer premio del concurso de *La Revue Française* consistente en un viaje largamente soñado de dos semanas en París, que pudo llevar a cabo en 1958. La efervescencia cultural parisina que deslumbraba a los escritores protagonistas del *boom* hispanoamericano, y en el que destacaban ya el *Bestiario* de Cortázar, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Rulfo, o *Los Ríos profundos* de Arguedas, no debió de ser del todo ajena al joven escritor, porque tiempo atrás había recibido clases de francés con el poeta César Moro. Tras su retorno a Lima, la graduación en la universidad limeña y la beca *Javier Prado* por sus brillantes calificaciones, pudo volver al viejo continente en 1959 para cursar el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Bajo la dirección de Alonso Zamora Vicente, se doctoró con la máxima calificación con una tesis que años más tarde se publicaría con el título de *García Márquez. Historia de un deicidio* (1971).

Su vuelta a París, donde residió durante algunos años, le obligó a afrontar la escasez con trabajos

⁵ «Regreso a San Marcos», *El País* (29-04-2001).

como profesor de español, locutor en la ORTF francesa, o periodista en la sección española de *France Presse*. El premio Leopoldo Alas por su colección de cuentos *Los jefes* es el primero de una larguísima serie de distinciones futuras. En 1964 regresa a Perú, se divorcia de Julia Urquidi y realiza su segunda exploración en la selva junto al antropólogo mexicano Juan Comas –la primera tuvo lugar antes de su primer viaje a París– donde recoge material sobre el Amazonas y sus habitantes. Todas estas experiencias inspirarán personajes y tramas de sus futuras novelas. Un año más tarde se casa con su actual esposa, Patricia, que le ha facilitado cumplir con esa *manera de vivir* que, según pública confesión, consiste en «el placer supremo de leer y escribir». Con sus tres hijos, Álvaro, Gonzalo y Morgana, residirán en Barcelona, París y Londres.

El maestro de la *novela total*

En la obra narrativa de Vargas Llosa la crítica suele señalar tres etapas: la primera constituida por la recopilación de sus cuentos y sus tres primeras novelas (*La ciudad y los perros*, 1962; *La Casa verde*, 1966, y *Conversación en la catedral*, 1968); la segunda, con sus novelas de tono paródico (*Pantaleón y las visitadoras*, 1973, y *La tía Julia y el*

escribidor, 1977) y con dos series, una de tema político (*La guerra del fin del mundo*, 1981, y *La historia de Mayta*, 1984) y otra más centrada en experiencias personales (*¿Quién mató a Palomino Molero?*, 1986; *El hablador*, 1987, y *Elogio de la madrastra*, 1988); y la tercera, que se inicia en los noventa, con

*con gran destreza técnica
y virtuosismo narrativo,
compone un gran mural
en cuyo centro se halla
el simbólico prostíbulo
llamado La Casa Verde,
con la narración de tres
historias personales
entrecruzadas ocurridas
en un periodo
de cuarenta años*

Lituma en los Andes, 1993; *Los cuadernos de don Rigoberto*, 1997, y *La fiesta del chivo*, 2000; a las que se añaden las más recientes *El paraíso en la otra esquina* (-2003); *Travesuras de la niña mala* (2006), y *El sueño del celta* (2010). Sin embargo, en el conjunto de esta obra narrativa ciclópea, no es posible señalar límites ni etapas cerradas: hay eso sí, líneas de exploración genérica y una diversidad temática, de inspiración en la historia exterior y en

la personal, pero siempre con un estilo inconfundible que da unidad al conjunto.

En 1967 apareció su estremeceador relato *Los cachorros*, en el que, a partir de la historia de castración del muchacho Cuéllar por el perro danés Judas, y la incompreensión de sus compañeros, los *cachorros* de la clase alta limeña, se constituye en una metáfora de la impotencia, del clasismo y del machismo de la sociedad peruana, y sus trágicas consecuencias. Su primera novela, *La ciudad y los perros*, donde reelabora su experiencia de paso por el Colegio militar *Leoncio Prado* con imágenes de gran intensidad y violencia, fue traducida casi inmediatamente a una veintena de lenguas y obtuvo el Premio Biblioteca Breve (1962) y el Premio de la Crítica española (1963), lo que le dio definitivamente la notoriedad internacional merecida, como protagonista indiscutible de una década prodigiosa para la novela y un movimiento pletórico de novedades hispanoamericanas.

De su génesis, incardinada en su propia vida, nos cuenta: «Comencé a escribir *La ciudad y los perros* en el otoño de 1958, en Madrid, en una tasca de Menéndez y Pelayo llamada *El Jute*, que miraba al parque del Retiro, y la terminé en el invierno de 1961, en una bu-

hardilla de París. Para inventar su historia, debí primero ser, de niño, algo de Alberto y del Jaguar, del serrano Cava y del Esclavo, cadete del Colegio Militar *Leoncio Prado*, miraflorentino del Barrio Alegre y vecino de *La Perla*, en el Callao; y, de adolescente, haber leído muchos libros de aventuras, creído en la tesis de Sartre sobre la literatura comprometida, devorado las novelas de Malraux y admirado sin límites a los novelistas norteamericanos de la generación perdida, a todos, pero, más que a todos, a Faulkner.

Con esas cosas está amasado el barro de mi primera novela, más algo de fantasía, ilusiones juveniles y disciplina flaubertiana. El manuscrito estuvo rodando como un alma en pena de editorial en editorial hasta llegar, gracias a mi amigo el hispanista francés Claude Couffon, a las manos barcelonesas de Carlos Barral, que dirigía Seix Barral. (...) Éste es el libro que más sorpresas me ha deparado y gracias al cual comencé a sentir que se hacía realidad el sueño que alentaba desde el pantalón corto: llegar a ser algún día escritor»⁶.

Su segunda novela, *La casa verde*, por la que obtuvo el Premio Nacional de Novela del Perú, el Pre-

⁶ «Tres prólogos», *Letras Libres*, n.7, julio de 1999.

mio de la Crítica Española (1966) y el Premio Internacional de Literatura Rómulo Gallegos (1967) representa la plena madurez creativa de esa *nueva novela* hispanoamericana que «explora un amplio campo formal persiguiendo otra imagen del mundo al suponer otra imagen del hombre; por eso no es una novela del absurdo moderno ni tampoco una novela de la fragmentación, sino un arte de integraciones, su signo es la conjugación. (...) Por eso mismo es un arte desmitificador y radical en su desgarramiento del discurso, en sus rupturas del lenguaje; y aquí radica su mejor capacidad crítica, su historicidad profunda»⁷. Con gran destreza técnica y virtuosismo narrativo, compone un gran mural en cuyo centro se halla el simbólico prostíbulo llamado *La Casa Verde*, con la narración de tres historias personales entrecruzadas ocurridas en un periodo de cuarenta años, que se entretejen alrededor de intrigas y confidencias y por la que circulan policías corruptos, meretrices, contrabandistas, indígenas y religiosos, cada uno con su voz peculiar. Esta diversidad de perspectivas y de voces, que el narrador omnisciente controla con maestría, es lo que le confiere ese carácter de novela to-

tal. En palabras de Alfredo Veiravé⁸: «la novela se convierte en un territorio imaginativo que totaliza la realidad desde sus distintos planos: reales, míticos, simbólicos».

*Ese clima de cinismo,
apatía, resignación
y podredumbre moral
del Perú del ochenio, fue
la materia prima de esta
novela, que recrea, con las
libertades que son
privilegio de la ficción, la
historia política y social
de aquellos años sombríos*

También su origen está asociada a su propia peripecia vital: «Me llevaron a inventar esta historia los recuerdos de una choza prostibularia, pintada de verde, que coloreaba el arrenal de Piura el año 1946, y la deslumbrante Amazonia de aventureros, soldados, aguarunas, *huambisas* y *shapras*, misioneros y traficantes de caucho y pieles que conocí en 1958, en un viaje de unas semanas por el Alto Marañón. Pero, probablemente, la deuda mayor que contraí al escribirla fue con William Faulkner,

⁷ ORTEGA, JULIO (1969), *La contemplación y la fiesta*, Caracas, Monte Ávila.

⁸ VEIRAVÉ, ALFREDO (1973), *Literatura hispanoamericana y argentina*, Buenos Aires, Kapelusz, p. 254.

en cuyos libros descubrí las hechicerías de la forma en la ficción, la sinfonía de puntos de vista, ambigüedades, matices, tonalidades y perspectivas de que una astuta construcción y un estilo cuidado podían dotar a una historia»⁹.

En alguna ocasión, Vargas Llosa ha dicho respecto de *Conversación en la Catedral* (1969), que «si tuviera que salvar del fuego una sola de las (novelas) que he escrito, salvaría ésta». Y no es para menos, porque como bien dice Fernando Iwasaki: «Una novela puede ser esencial para la historia de la literatura y más bien innecesaria para la literatura. Una novela puede ser fundamental dentro de una tradición literaria concreta y por demás intrascendente dentro de la literatura universal. Una novela puede tener un cierto valor coyuntural y luego desvanecerse desleída en el olvido. Sin embargo, *Conversación en La Catedral* colma todas las medidas enunciadas y su lectura sigue convocado estupor e indignación, entusiasmo y fascinación»¹⁰.

Durante los oscuros años de la dictadura peruana de Manuel Apolinario Odría (1948-1956),

Zavalita (Santiago Zavala), de familia colaboracionista y ex-estudiante de la universidad San Marcos y ex-miembro del grupo comunista Cahuide, conversa con el zambo Ambrosio, que trabaja con Bermúdez, mano derecha del gobierno y de la policía represora, en La Catedral, un bar de mala

*La anécdota sirve para
subrayar la hipocresía de
instituciones tan ejemplares
como el ejército, el choque
entre verdad y mentira,
entre necesidad y virtud,
y las perniciosas
consecuencias que depara
la observancia rigurosa
del deber*

muerte. Los diálogos que se inician con la pregunta de Zavala *¿En qué momento se había jodido el Perú?*, ofrecen un vasto y pesimista análisis del poder, reflejan la corrupción y el fracaso de la sociedad peruana a través de un magistral discurso polifónico: «... en una sociedad embotellada, en la que estaban prohibidos los partidos y las actividades cívicas, la prensa censurada, había numerosos presos políticos y centena-

⁹ «Tres prólogos», *Letras Libres*, n.7, julio de 1999.

¹⁰ IWASAKI, F. (2001), «La lengua en la llaga» (<http://www.trazegnies.arrakis.es/iwasaki.html>).

res de exiliados, los peruanos de mi generación pasamos de niños a jóvenes, y de jóvenes a hombres. Todavía peor que los crímenes y atropellos que el régimen cometía con impunidad era la profunda corrupción que, desde el centro del poder, irradiaba hacia todos los sectores e instituciones, envi- lenciendo la vida entera. Ese clima de cinismo, apatía, resignación y podredumbre moral del Perú del ochenio, fue la materia prima de esta novela, que recrea, con las libertades que son privilegio de la ficción, la historia política y social de aquellos años sombríos. La empecé a escribir, diez años después de padecerlos, en París, mientras leía a Tolstoi, Balzac, Flaubert y me ganaba la vida como periodista...»¹¹.

Humor, parodia, historia y erotismo, en el alambique creador

El humor, la ironía y la parodia pueden ser, según la maestría del narrador, excelentes medios de expresión de la distancia crítica frente a personajes, situaciones, relaciones humanas, y hasta de la sociedad en su conjunto. Mensajes que pueden ser trascendentes, aunque ofrezcan el ropaje externo

de la anécdota o la peripecia risible. Es el caso, por ejemplo, de *Pantaleón y las visitadoras*, (1973) donde narra con humor e ironía la peripecia de Pantaleón Pantoja que, ascendido a capitán del ejército, recibe la misión de organizar en el más absoluto –y ridículo– secreto militar, un servicio de prostitución para las fuerzas armadas del Perú. Como estricto cumplidor del deber, se traslada a Iquitos, en plena selva, para llevar a cabo su cometido, pero se entrega a esta misión con tal celo, que lo pone en peligro. La anécdota sirve para subrayar la hipocresía de instituciones tan *ejemplares* como el ejército, el choque entre verdad y mentira, entre necesidad y virtud, y las perniciosas consecuencias que depara la observancia rigurosa del deber.

Un grupo de novelas singulares muestra al mejor Vargas Llosa a partir de la precisa documentación y la recreación de hechos históricos que, de no ser por su pluma, no superarían el nivel del episodio olvidado en el oscuro fondo de la microhistoria. *La guerra del fin del mundo* (1981), por la que recibió en 1985 el Premio Ritz París Hemingway, de tonos épicos y ambientada en las tierras más pobres del noreste de Brasil de fines del siglo XIX, narra la Guerra de los Canudos, revolución dirigida por un fanático religioso contra el régimen autoritario y que desencadenó una trama

¹¹ «Tres prólogos», *Letras Libres*, n.7, julio de 1999.

político-militar para aplastar el movimiento. Literatura y vida, la una con la otra, afloran en la afirmación del autor: «Esta novela me hizo vivir una de las aventuras literarias más ricas y exaltantes».

La *Historia de Mayta* (1984) cuenta la historia de Alejandro Mayta, militante troskista peruano, protagonista de una intentona revolucionaria en el año 1958. Un escritor, fascinado por el carisma de Mayta, tras un cuarto de siglo de la desaparición del revolucionario que desde la marginalidad y un pequeño garaje lleno de periódicos de izquierda, afiches y libros clandestinos intenta convencer a los siete del «Comité Central» de que había llegado el momento de ir al campo y desatar la revolución, recoge los testimonios de quienes lo conocieron. La lectura de esta historia del fracaso revolucionario deja en el lector un regusto trágico ante el choque entre utopía y realidad, y su dimensión ética no siempre fue bien comprendida; pero como afirmó el autor: «La historia de Mayta es incomprensible separada de su tiempo y lugar, aquellos años en que, en América Latina, se hizo religión la idea, entre impacientes, aventureros e idealistas (yo fui uno de ellos), de que la libertad y la justicia se alcanzarían a tiros de fusil».

Los viajes a la Amazonia también inspiraron *El hablador* (1987), por la

que recibió el Premio Scanno (Italia). El protagonista es la memoria ancestral de su tribu machiguenga, donde los aspectos mágicos y misteriosos se entretrejen con la realidad peruana, en el sincretismo étnico y cultural de su país.

*una novela en la que el
abuso de poder y el retrato
de la dictadura de
dominicano Leónidas
Trujillo y su asesinato tras
más de treinta años de
tiranía del miedo, cobran
cotas de especial
intensidad es*

La fiesta del chivo (2000)

Lituma en los Andes (Premio Planeta, 1993, y Premio Literario Arzobispo San Clemente de Santiago de Compostela, 1994), supone un acercamiento crítico a la realidad que el grupo guerrillero Sendero Luminoso impone a las poblaciones de un campamento minero, con misteriosas desapariciones que obsesionan al cabo Lituma y a su adjunto; pero tras esta aparentemente sencilla trama, una vez más del discurso polifónico, los episodios intercalados que ofrecen un contrapunto de perspectivas y de

dramas personales de los personajes, surge la visión crítica de una sociedad partida por la miseria, el desarraigo, el sometimiento.

La exploración genérica y su superación mediante la maestría expresiva están presentes en *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986), relato enigmático en el que no falta el guiño a la novela negra, aunque superada mediante un esmerado trabajo textual, en el lenguaje vivo y pleno de matices coloquiales, pero en el que no falta ni sobra nada. La aparición del cadáver ahorcado y brutalmente destrozado del protagonista lleva al teniente Silva y al sargento Lituma a la investigación entre sus familiares y conocidos, y a luchar contra la incredulidad y la incompreensión de una sociedad en la que ni la verdad ni la justicia son posibles. Como afirma Franken Kurzen¹², se trata de «una novela policial híbrida intere intra-genérica, mezclando tanto diferentes géneros literarios como subgéneros policiales».

Una novela en la que el abuso de poder y el retrato de la dictadura de dominicano Leónidas Trujillo y su asesinato tras más de treinta

años de tiranía del miedo, cobran cotas de especial intensidad es *La fiesta del chivo* (2000). La narración detallada de la abyección de los servidores del régimen que incluía la ofrenda de esposas, de hijas de catorce años a la lujuria del sátrapa y de sus parientes, el envilecimiento de funcionarios, ministros o padres de familia, no contó con la aprobación de todos los dominicanos. Pero como Vargas Llosa manifestó en el acto de presentación: «La verdad fundamental de la dictadura trujillista fue preservada, y la ficción nunca trascendió los límites impuestos por la realidad de la época».

Comentando la circunstancia de la elección de *La fiesta del chivo* como la mejor novela latinoamericana del siglo XX por la prensa inglesa, Carlos Alberto Montaner nos advierte de la complejidad y la magistral riqueza que encierra: «es mucho más que una novela histórica con tirano al fondo»; ni es «sólo una novela de misterio sobre la secreta desgracia personal ocurrida a la protagonista. Se trata de una combinación de géneros narrativos. Es también una novela de aventuras: la trágica aventura de un grupo de jóvenes que deciden matar al dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo. Cómo lo hicieron, cómo prepararon el atentado, qué ocurrió con cada uno de ellos. Por supuesto que son hechos históricos y

¹² FRANKEN KURZEN, C. A., «Mario Vargas Llosa y sus detectives frustrados», *Literatura y lingüística*, 19, Santiago, 2008, pp. 65-79 (<http://www.scielo.cl/pdf/lyl/n19/art04.pdf>).

Vargas Llosa no se aparta sustancialmente de ellos, pero los cuenta como un gran reportaje en el que concurre otro género novelístico: el psicológico»¹³.

El erotismo es clave en *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997), donde retoma los personajes de *El elogio de la madrastra* (1988); y en *Travesuras de la niña mala* (2006), un relato de amor que se prolonga durante décadas y que se centra en uno de sus temas literarios predilectos: la pasión afectiva. En *Los cuadernos de don Rigoberto* el maduro cincuentón, empleado de una compañía de seguros, llena con anotaciones e historias un refinado compendio de la imaginación erótica «estructura sus fantasías con tanta intensidad que desaparecen las fronteras entre la verdad y la ficción», como explica el autor.

Sus más recientes creaciones narrativas, *El paraíso en la otra esquina* (2003) y *El sueño del celta*, presentada ésta inmediatamente después de conocer la concesión del Nobel, muestran, aunque desde perspectivas muy diferentes, dos coincidencias: el descubrimiento de la vinculación de los protagonistas históricos, reales, con Perú;

y el sentido final del fracaso de sus respectivas utopías. En la primera y en capítulos intercalados, la feminista Flora Tristán, descendiente de una ilustre familia peruana, lucha por la igualdad entre los sexos; y su nieto, el pintor postimpresionista Gauguin llega a Tahití, abatido por la duda y por la infelicidad de los hijos que ha dejado atrás. La utopía de Flora es cambiar el mundo, tornándolo más justo y más libre; la de su nieto es desafiar, a través de la creación, las rígidas leyes burguesas que impiden a los hombres ser lo que de veras son y soltar sus instintos.

En *El sueño del celta* la utopía del protagonista histórico, el irlandés Roger Casement, acaba en el fracaso personal, condenado a la horca en Londres acusado de traición y envuelto en el escándalo, después de haber denunciado con valentía el sojuzgamiento de pueblos en el Congo de Leopoldo II y en el Putumayo dominado por la *Peruvian Rubber Company*. Roger Casement y el belga Morel consiguieron movilizar a la opinión pública internacional en contra de las carnicerías congoleñas a través de sus informes y la fundación de la Asociación para la Reforma del Congo.

De la figura de Leopoldo II, que probablemente exterminó entre cinco y ocho millones de nativos

¹³ MONTANER, C. A., «La mejor novela latinoamericana del siglo XX» (<http://www.sololiteratura.com/var/vargasla-mejor.htm>).

del Congo, ya se había ocupado el autor en un artículo demoledor en *Caretas* con motivo de la publicación de *King Leopold's Ghost*, de Adam Hochschild, donde llega a decir: «Es una gran injusticia histórica que Leopoldo II, el rey de los belgas que murió en 1909, no figure con Hitler y Stalin, como uno de los criminales políticos más sanguinarios del siglo XX. Porque lo que hizo en el África, durante los veintidós años que duró el llamado “Estado Libre del Congo” (1885 a 1906) fraguado por él, equivale, en salvajismo genocida e inhumanidad, a los horrores del Holocausto y del Gulag». Y aún más contundente: «Leopoldo fue una inmundicia humana; pero una inmundicia culta, inteligente y desde luego creativa. Planeó su operación congoleña como una gran empresa económica-política, destinada a hacer de él un monarca que, al mismo tiempo, sería un poderosísimo hombre de negocios internacional, dotado de una fortuna y una estructura industrial y comercial tan vasta que le permitiría influir en la vida política y en el desarrollo del resto del mundo. Su colonia centroafricana, el Congo, una extensión de tierra tan grande como media Europa occidental, fue su propiedad particular hasta 1906, en que la presión combinada de varios gobiernos y de una opinión pública alertada

sobre sus monstruosos crímenes lo obligó a cederla al Estado belga»¹⁴.

El ensayo y la cátedra: la mirada crítica perspicaz y certera

Su conciencia de creador y su rica formación literaria han llevado a Vargas Llosa a escribir algunos de los ensayos literarios más inteligentes y perspicaces de la crítica en lengua española. Ya nos hemos referido a *Historia de un deicidio*, y a *La Orgía perpetua* con sus reflexiones sobre su admirado Flaubert; pero también han despertado su interés los libros de caballerías *Carta de batalla por Tirant lo Blanc* (1991), y autores como Lampedusa, Sartre, Camus (*Entre Sartre y Camus. Ensayos*, 1981), Victor Hugo («La tentación de lo imposible», sobre *Los miserables*), Onetti (*El viaje a la ficción*, 2008), Grosz (*Un hombre triste y feroz*, 1992), o Arguedas.

En todos ellos, penetra en el sentido último de la creación y de la técnica que los hace singulares, pero no deja de manifestar la crítica valiente, certera y desmitificadora si es necesario, como en *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (1996), ensayo en el que demuestra las limita-

¹⁴ «En el corazón de las tinieblas», *Caretas* (14-12-2000).

ciones y los efectos perniciosos de las posturas indigenistas, nacionalistas y de los ismos en general que cercenan la libertad y empobrecen el discurso literario. Como afirmó en una ocasión: «el nacionalismo, lo mismo el centralista que los periféricos, es una catástrofe en todas sus manifestaciones».

*la obra teatral no es ajena
a la pasión creativa
de Vargas Llosa;
también el cine
y la televisión atraen su
atención siempre abierta
y receptiva al arte,
y ha participado
con entusiasmo en alguna
de las películas que han
llevado al cine sus novelas*

Un conjunto de libros de ensayos leídos con fruición por los aspirantes a escritores tienen como centro la creación literaria misma, como *La verdad de las mentiras: ensayos sobre la novela moderna* (1990), *Una novela para el siglo XXI* (2004), o *Cartas a un joven novelista* (1997). La mayor parte de estos ensayos, clásicos en relación con las obras y los autores estudiados, han sido gestados en la preparación de los

cursos, conferencias y clases magistrales como Profesor Visitante o Escritor Residente en centros universitarios de todo el mundo.

Así como su libro de memorias *Como pez en el agua* (1993) nos permite conocer su infancia y juventud, la forja del escritor que es hoy; los tres volúmenes de artículos y ensayos de *Contra viento y marea* (1983-1990) o *Los desafíos a la Libertad* (1994), ofrecen las claves de su pensamiento liberal, que fustiga tanto la xenofobia, como la intolerancia religiosa, y los totalitarismos de todo signo.

El creador sin fronteras de género

La obra teatral no es ajena a la pasión creativa de Vargas Llosa. Desde su más tierna juventud, en 1952, pudo asistir a la representación de su pieza *La huida del Inca* en su país natal. A partir de los años ochenta el narrador consagrado vuelve los ojos a la escena con la publicación de *La señorita de Tacna* (1981), *Kathie y el hipopótamo* (1983), *La Chunga* (1986), *El loco de los balcones* (1993), *Ojos bonitos, cuadros feos* (1996), *Odiseo y Penélope* (2007), *Al pie del Támesis* (2008) y *Las mil y una noches* (2010). Incluso recientemente asumió el riesgo de actuar junto a Aitana Sánchez-Gijón en tres

puestas en escena de sus obras en Barcelona, Mérida y Madrid.

También el cine y la televisión atraen su atención siempre abierta y receptiva al arte, y ha participado con entusiasmo en alguna de las películas que han llevado al cine sus novelas. Codirigió una versión de *Pantaleón y las visitadoras* con José Sacristán como protagonista en 1975, en la que representó el papel secundario de un oficial del ejército peruano. *Los cachorros* (dirigida por Jorge Font y que resultó ganadora del Premio del Instituto de Cultura en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián en 1972), *La ciudad y los perros* (por Francisco J. Lombardi en 1985), *Yaguar* (basada en *La ciudad y los perros* y dirigida por Sebastián Alarcón), *La tía Julia y el escribidor* (de John Amiel), *La fiesta del chivo* (dirigida por Luis Llosa en 2006) son algunas de las versiones cinematográficas de sus novelas.

El gusto por el cine explica también su participación en el jurado de un buen número de festivales: como Presidente del Jurado en el Festival de Cine Iberoamericano de Huelva (1995) y en el Internacional de Cine de San Sebastián (2004); en «ECHO Television & Radio Awards» (1998); y más recientemente en los festivales de Cannes, Berlín o Venecia. Además, participa en programas

de televisión y radio, y tuvo su propio programa *La torre de Babel*, en la televisión peruana.

El compromiso a través del periodismo

Cuando en 1993 Vargas Llosa obtuvo la nacionalidad española, lo que según sus palabras «me salvó de ser un paria», su incursión frustrada en la política activa como candidato a la presidencia de Perú con el *Fredemo* (alianza que incluía al Partido Popular Cristiano, Acción Democrática y el Movimiento Libertad) en 1990, le había llevado al exilio voluntario. Pero esta decisión no significó nunca desistimiento de principios políticos; por el contrario, en sus artículos periodísticos en muy diversos medios: *Caretas* (donde publicó su primer artículo en el número 198, de mayo de 1960 y desde 1977, su columna *Piedra de toque*), *La Nación* de Buenos Aires, *El Nacional* de Venezuela, *Abc* y *El País* en España. *Letras Libres* —entre otros— manifiesta siempre una valiente y decidida apuesta por la libertad y la democracia, así como su rechazo de cualquier forma de tiranía o totalitarismo.

Su actitud, irrenunciable, bien fundamentada en una sólida investigación que en múltiples ocasiones le ha llevado a documentarse *in si-*

tu aún en lugares de peligrosidad reconocida como el más jovial y decidido de los reporteros, ha despertado no en pocas ocasiones la fobia irracional de quienes no soportan la contundencia de sus argumentos ni de los datos aportados. Su oposición a la dictadura de los hermanos Castro en Cuba y a los sistemas comunistas que continúan sometiendo a sus pueblos, le han proporcionado enemigos, pero no han acallado sus certeras críticas.

Con clarividencia y valentía denunció en su momento «la dictadura perfecta» del Partido Revolucionario Mexicano; manifiesta su convicción de que la lacra del peronismo ha dañado irremisiblemente a la Argentina, y critica la fraudulenta y megalómana carrera totalitaria de Hugo Chávez en Venezuela, los delirios del fundamentalismo belicista de los talibanes al igual que las ficciones nacionalistas que «cuando no tienen enemigos, no tienen más remedio que inventárselos», como el de «la identidad cultural colectiva, algo que sólo existe en pequeñas comunidades primitivas, prehistóricas, donde ser miembro de la tribu es la única manera de sobrevivir, tenga todavía cierta apariencia de verdad»¹⁵. Desde la

atalaya de sus tribunas periodísticas, ningún tema le resulta ajeno y en sus artículos reflexiona sobre los efectos de la globalización y la democracia, los más variopintos personajes contemporáneos tanto de la política como de la cultura

*como manifestó su hijo
Álvaro, también escritor
de fuste ¡Qué alivio! porque
ya no ha de contestar a la
que parecía eterna
pregunta de por qué no le
habían dado todavía el
preciado premio, y que
también nos hacíamos sus
lectores y, en general, todos
los hablantes de español.*

de Perú y del mundo entero, sin olvidar la propia creación y las experiencias personales. Pero, sobre todo, como dice Tulio Demicheli, este «paladín de la democracia»: «a lo largo de treinta años ha repudiado las dictaduras, ya fueran de derecha o de izquierda –de Argentina y Chile a Nicaragua– así como al totalitarismo burocrático comunista. Adonde quiera que haya habido un prisionero político se ha escuchado su voz. (...) la suya siempre ha sido una voz in-

¹⁵ «Salvemos a Cataluña», *El País* (5-3-2001).

cómoda que dice siempre lo que le dicta la conciencia en defensa de la libertad, pese a quien pese»¹⁶.

El Nobel, secuela de distinciones

A lo largo de su trayectoria, mucho antes de este Nobel que celebramos y que se le ha concedido «por su cartografía de las estructuras del poder y sus imágenes mordaces de la resistencia del individuo, su rebelión y su derrota» según el dictamen de la Academia sueca, ha sido merecedor de las más altas distinciones y un sinnúmero de premios. Además de los otorgados a sus novelas: en 1976 es elegido Presidente del Pen Club Internacional; en 1977, Miembro de la Academia Peruana de la Lengua y ocupa la Cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge; en 1982, obtiene el Premio del Instituto Italo Latinoamericano de Roma; en 1986, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, y en 1988, el Premio Libertad (Suiza) otorgado por la Fundación Max Schmidheiny. A estos se suman, entre otros, el Premio Castiglione de Sicilia (Italia) al mérito a su obra novelística (1990), el Premio Cervantes (1994), el Premio Jerusalén (1995); en 1996, el Gremio de los

libreros alemanes le otorga el Premio de la Paz; y en abril de 1997 se le concede el Premio Mariano de Cavia, que concede el diario ABC, por su artículo «Los inmigrantes», publicado en *El País*.

En 1994 es elegido miembro de la Real Academia Española de la Lengua; y cuenta con varios Doctorados *Honoris Causa* por universidades de América, Europa y Asia: Yale (1994), Ben Gurión Bershcheva de Israel (1998), Harvard (1999), San Marcos (2001), Oxford (2003), Europea de Madrid (2005), La Sorbona (2005), La Rioja (2007), Málaga (2007), Alicante (2008), Simón Bolívar de Caracas (2008), Pontificia Católica de Perú (2008), Granada (2009), Castilla-La Mancha (2010), y Nacional Autónoma de México (2010). Es también Profesor *Honoris Causa* de la Universidad Internacional de Florida en Miami (1990), de la Universidad Hebrea de Jerusalén, del Connecticut College en Estados Unidos, del Queen Mary College de la Universidad de Londres y de la Universidad de Boston. Ha sido condecorado por el gobierno francés con la Legión de Honor (1985) y con la Orden El Sol del Perú en el Grado de Gran Cruz con Diamantes, la más alta distinción del Estado Peruano (2001).

Más allá de todas estas distinciones, el Nobel ha reconocido el premio

¹⁶ DEMICHELI, TULLIO, «Paladín de la democracia», ABC (8-10-2010), p. 62.

esencial, genuino, que procura todo escritor para su obra: la amplitud de su público lector en el mundo. Las obras de Vargas Llosa han sido traducidas a una pluralidad de lenguas difícilmente comparable por un escritor vivo: francés, italiano, portugués, catalán, inglés, alemán, holandés, polaco, rumano, húngaro, búlgaro, checo, ruso, lituano, estonio, eslovaco, ucraniano, esloveno, croata, sueco, noruego, danés, finlandés, islandés, griego, hebreo, turco, árabe, japonés, chino, coreano, malayo y cingalés.

Probablemente, a la larga serie de distinciones se sumarán ahora, tras el dictamen de la Academia sueca, otras lenguas; pero ya no ocurrirá como en esas ocasiones en las que es el Nobel el que determina el inicio de la versión inaugural a otros idiomas de la obra del autor premiado.

Un gran escritor, una excelente persona

Tras conocer la noticia de la concesión del Nobel, Vargas Llosa se mostró agradecido, como no podía ser de otro modo, sin el menor

atisbo del divismo con el que a veces nos han sorprendido anteriores premiados por la Academia sueca, ni mucho menos de resentimiento por la larga espera. Quienes hemos tenido la ocasión y el placer de conocer a Mario Vargas Llosa de cerca, de editar alguna de sus obras, de escuchar sus conferencias, sabemos de su elegancia y saber estar y del brillo incomparable de su inteligencia. Su nombre se suma ya a la serie de los diez escritores de nuestra lengua premiados con el Nobel –Echegaray, Benavente, Mistral, Jiménez, Asturias, Neruda, Aleixandre, García Márquez, Cela y Paz–, con mucho más mérito que algunos de sus predecesores. Esta vez sí ha acertado la honorable Academia. Como manifestó su hijo Álvaro, también escritor de fuste ¡*Qué alivio!*¹⁷ porque ya no ha de contestar a la que parecía eterna pregunta de por qué no le habían dado todavía el preciado premio, y que también nos hacíamos sus lectores y, en general, todos los hablantes de español. ■

¹⁷ VARGAS LLOSA, ÁLVARO, «¡Qué alivio!», *ABC* (8-10-2010), p. 63.